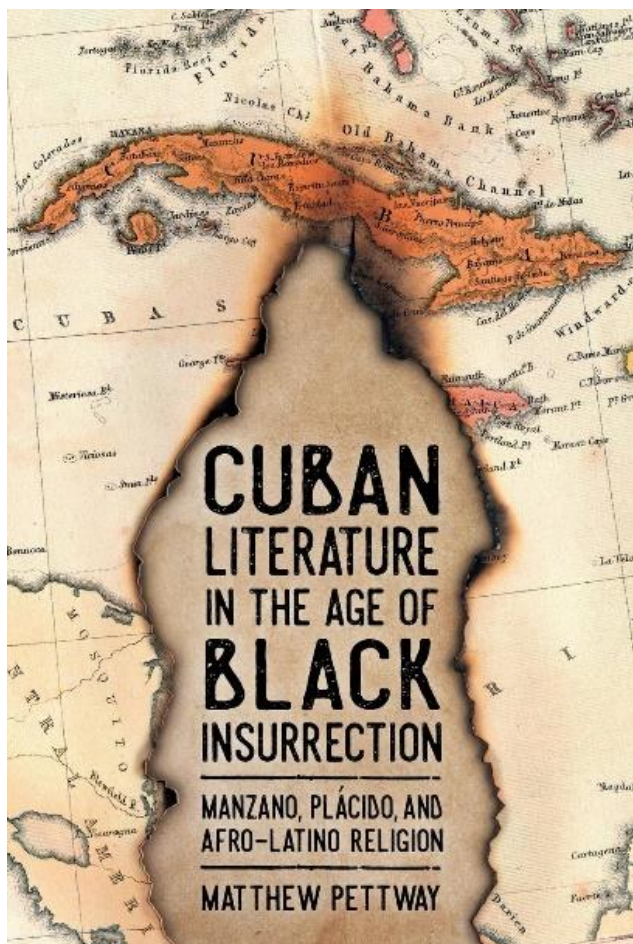


Pettway, Matthew. *Cuban Literature in the Age of Black Insurrection: Manzano, Plácido, and Afro-Latino Religion*. Jackson, Mississippi: University Press of Mississippi, 2020. 344 págs.

Rachel Price
Princeton University



En la última década se ha producido una excelente historiografía sobre el impacto de la revolución haitiana en la política esclavista y antiesclavista de Cuba y el Caribe; la importancia militar, económica y cultural de los africanos para la construcción del Atlántico ibérico; y el uso por parte de los esclavizados de las leyes coloniales para procurar la libertad. Lo mismo, sin embargo, no se puede decir del campo de estudios literarios, que, en los quince años transcurridos desde el imponente libro *Modernity Disavowed: Haiti and the Cultures of Slavery in the Age of Revolution* de Sibylle Fischer, no ha producido semejante innovación.

Cuban Literature in the Age of Black Insurrection irrumpe en este ámbito. Este excelente libro lee de manera fresca y urgente a dos de los poetas más fundacionales de Cuba: Juan Francisco Manzano, esclavizado hasta 1836, y el mulato libre Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés). Situando a los dos autores en el periodo posterior a la revolución haitiana y a la conspiración de 1812 del negro libre José Antonio Ponte, el libro de Pettway transforma la historia literaria de ambos autores al centrarse en el uso que hicieron de las

cosmologías africanas, y al arrojar luz sobre sus compromisos con la ideología e insurrecciones antiesclavistas. Si lo que escribían Manzano y Plácido—entre los primeros y más prolíficos poetas cubanos del siglo XIX, respectivamente—eran, en realidad, reivindicaciones de políticas antiesclavistas y creencias religiosas africanas tras un velo de catolicismo y obediencia colonial, esto nos obliga a leer la temprana literatura cubana como “instrumento de liberación negra,” afirma Pettway, y no de la manera reformista,

romántica y hasta racista que caracterizó gran parte de la literatura emergente de la tertulia de Domingo del Monte.

Pettway conoce bien la historiografía reciente y aboga por la continuidad más que distancia entre las insurrecciones grabadas en expedientes policiales y archivos militares, y la poesía neoclásica, romántica y popular de Manzano y Plácido. Para Pettway, estos poetas participaron en un “contrapúblico negro” para el que el control creativo era sustituto del poder político. Educados y eruditos, los dos poetas estaban sin embargo plenamente alineados con aquellos afrodescendientes cuyo desafío al poder se materializaba en formas no literarias. No en balde fueron los dos acusados de ser participantes en la Conspiración de la Escalera, un complot antiesclavista de enorme envergadura que se dio en 1844.

Cuban Literature in the Age of Black Insurrection argumenta que los dos poetas utilizaron una retórica católica para encubrir cosmologías de origen africano, rechazando el fin racializado del catolicismo cubano— como medio para “limpiar” la negritud—e invocando creencias y prácticas de origen kongo y yoruba. En seis capítulos, Pettway explora la poética anticolonial y antiesclavista de ambos, realizada a menudo mediante el ardid de versos ostensiblemente católicos. Algunos de los argumentos más novedosos del libro se deben a la cuidadosa (re)ubicación de Manzano y Plácido en las redes sociales en las que circulaban. Así Pettway puede concluir, por ejemplo, que incluso como cubano de segunda generación Manzano habría vivido en un entorno mayormente africano, pues fue cautivo en una plantación de azúcar en Matanzas, región de grandes y brutales ingenios donde un 96% de los trabajadores nacieran en África. Esto lo hubiera permitido a Manzano un contacto significativo con las creencias religiosas, las estructuras de parentesco y las lenguas africanas. Pettway documenta el estrecho contacto que tuvo Plácido con la cultura religiosa y escénica afrocubana en fiestas de santos y otras ceremonias religiosas y en el carnaval de Matanzas.

Pettway asevera que en *Autobiografía de un esclavo* Manzano describe una religiosidad “transculturada” que se inspiraba tanto en el catolicismo como en ciertas creencias africanas. Para fundamentar su argumento el autor combina excelentes lecturas textuales con una cuidadosa investigación de archivos. Recuerda a los lectores, por ejemplo, que la *Explicación de la doctrina cristiana acomodada a la capacidad de los negros bozales* de 1796 (reimpresa en 1823) habría estado en uso aun cuando Manzano fue bautizado con unos 10 años; las diócesis cubanas la habían utilizado para persuadir a los esclavos africanos de que abandonaran sus filosofías religiosas y asumieran los principios básicos del catolicismo. Estos y otros textos planteaban que el bautismo era necesario para borrar el “pecado de la esclavitud” y enmarcaban la negritud misma como pecado. Este es el catolicismo racista que Manzano, según Pettway, cambia por una filosofía de la libertad derivada de África. Pettway sugiere que una vez maduro, el Manzano que huyera de la esclavitud y se uniera a las tertulias literarias habaneras escribía una poesía cristiana que en realidad detallaba su *rechazo* a una doctrina del sufrimiento como camino hacia la redención.

Los cuatro capítulos centrales del libro se alternan entre los dos poetas. El tercer capítulo demuestra de forma convincente que, si bien Plácido ha sido leído como un mulato claro alejado del mundo africano, en verdad fue criado en un mundo afrocubano, eligió circular en ambientes negros y se identificó con afrodescendientes o cubanos africanos. Pettway analiza varios poemas que satirizan el deseo por la blancura, para luego comprobar la fidelidad del poeta a una cultura y estética negra. Otra serie de poemas

abiertamente católicos ofrece un escudo político para el poeta (Plácido fue arrestado tres veces antes de su eventual juicio y fusilamiento en 1844 por su supuesta participación en la Conspiración de la Escalera). En estas páginas, Plácido emerge como poeta audaz, atrevido e identificado con el “contrapúblico negro”, en oposición a ciertas lecturas previas que lo retrataban como mulato trágico o escritor baladí.

El cuarto capítulo vuelve a Manzano para seguir cómo el escritor comenzó a desarmar la imagen de buen esclavo a la que había estado apegado de niño, para finalmente alcanzar una libertad tanto psíquica como jurídica. Para Pettway, será la influencia de creencias africanas hacia los ancestros y los restos la que cataliza ese despertar de Manzano. En la *Autobiografía* y el poema “Un sueño: A mi segundo hermano” Pettway identifica pistas que posiblemente indican reverencias a los espíritus y santos de África Occidental y Central. Resulta intrigante, al respecto, la lectura de una frase que escribió Manzano—“la cosa mala”—, término y concepto tanto de la cosmología bakongo como de la creencia popular católica. Pettway también sugiere que las invocaciones que hace Manzano a “los santos” resuenan con el uso contemporáneo por africanos cautivos en Cuba para referirse a los *orishas* yorubas.

El quinto capítulo brinda las lecturas más deslumbrantes del libro. Pettway afirma que una cosmología africana subyace a la literatura más sediciosa de Plácido, y centra sus lecturas en aquellos poemas que describen prácticas religiosas, políticas y culturales de los cabildos de “naciones” africanas (Lucumí, Gangá, Congo, etc.). “Mi no sé qué ha rico” habla de cantos en lenguas africanas, tambores y sonidos bestiales, ya no como un costumbrismo barato, argumenta Pettway, sino para reconocer cómo los sonidos de animales hacen parte de ciertas prácticas musicales africanas, o qué papel desempeña un *ireme*, el famoso bailarín de atuendo impresionante de la sociedad secreta Abakuá. Para Pettway, estos poemas son prueba de cuán cómodo y familiarizado estuvo Plácido con tales espacios. Lee el poema “El juramento” como poema que atestigua de forma cifrada al uso de juramentos entre insurrectos anti-esclavistas. Pettway respalda sus afirmaciones, derivadas de lecturas literarias, remitiéndose al uso histórico de tales juramentos por afro-descendientes y a las acusaciones hechas contra Plácido en 1844.

Plácido y Manzano se conocieron hacia el año 1839 en una pelea de gallos, y desde entonces cenaron y conversaron juntos en numerosas ocasiones; Plácido declaró durante el interrogatorio que Manzano le había regalado unos de sus poemas inéditos. El último capítulo de *Cuban Literature in the Age of Black Insurrection* reúne a los dos poetas justo en el momento en que su amistad y sus conexiones fueron utilizadas en su contra: a saber, el interrogatorio que condujo a la muerte de Plácido y al silencio literario de Manzano. Distintos en sus estilos, ambos poetas, sostiene Pettway, forjaron una “poética de la conspiración”: una poesía que inscribía en ella ideologías antiesclavistas, creencias africanas y que, a través de la circulación de textos inéditos y de declaraciones orales, incluso se utilizó para conspirar. Pettway especula, incluso, que Manzano puede haber estado más implicado en la conspiración de lo que los estudiosos han afirmado hasta ahora.

Cuban Literature in the Age of Black Insurrection es un libro sobresaliente por varias razones. Meticulosamente investigado y de una escritura hermosa, ofrece perspectivas novedosas sobre dos autores que exigen nuevas lecturas: Manzano porque su lograda lírica es inexplicablemente poco estudiada y Plácido porque su obra de más de 700 poemas, de diversa temática y calidad, atasca a veces la apreciación de sus

trabajos más innovadores. Este estudio también manifiesta de forma brillante cómo la historia literaria puede ser un medio idóneo para tocar la historia y política cubana en los años posteriores a la revolución haitiana, a menudo vedada por la escasez de fuentes no pertenecientes a la élite. En un contexto en el que el acceso a la producción cultural y política cubana de los africanos y afrodescendientes cubanos en gran medida viene filtrado por los documentos judiciales del Estado colonial, la literatura, con su capacidad de codificar múltiples significados, puede servir como vehículo para iluminar acontecimientos, sabidurías y creencias, todos ocultos—por así decirlo—a plena vista.

Pero la naturaleza especulativa del análisis literario también constituye su mayor limitación. Si es demostrable, por ejemplo, que una plantación azucarera de Matanzas ofrecía amplia exposición a las religiones africanas a Manzano, ¿hasta qué punto pudo haberse asimilado estas creencias el trabajador doméstico? Cuando el narrador de “Un sueño” recoge plumas y gira en círculos, ¿está necesariamente improvisando sobre el cosmograma kongo, como sostiene Pettway? Estudiosos como Bárbaro Martínez-Ruiz y Grey Gundaker han rastreado cómo varias cosmologías, escrituras y gestos del África Occidental se han mantenido, codificadas y adaptadas, hasta hoy día en la cultura de la diáspora africana; la lectura de Pettway es claramente plausible. Pero también es necesariamente inductiva y las pruebas son escasas. Otro desafío común al campo está en cuánto aplicar las lecciones de la antropología de religión del siglo XX—por ejemplo, el trabajo de Lydia Cabrera—para formular hipótesis sobre personas y prácticas de un siglo antes.

Pero estas son inquietudes mínimas. *Cuban Literature in the Age of Black Insurrection* es un fantástico aporte a la historia literaria de dos figuras fundacionales de la primera literatura cubana y a los estudios sobre la esclavitud y las luchas contra la esclavitud en Cuba. Como estudioso afincado en Estados Unidos, Pettway también se esfuerza en señalar a sus lectores norteamericanos la importancia de la historia y literatura cubana frente a sus contrapartidas estadounidenses—Manzano escribió su autobiografía antes que Frederick Douglass, por ejemplo—y subraya el relativo recelo de los autores cubanos ante el cristianismo, en comparación con el abrazo de ella como herramienta de liberación en Norteamérica. De esta forma el volumen también resalta la importancia de la escritura afrocubana para una conversación mucho más amplia sobre la poética y la libertad en el mundo atlántico posterior a la revolución haitiana.